

## AUGUSTO ORREGO LUCO

### Carta a Juan María Gutiérrez<sup>1</sup>

La notable carta del rector de la Universidad de Buenos Aires<sup>2</sup>, a que damos cabida en nuestras páginas<sup>3</sup> con orgullo y con placer por el honroso aplauso que ella envuelve para el autor del *Francisco Bilbao*, encierra también una crítica que acaso el señor Barra no merece.

En el punto que impugna y dilucida, el señor Barra está de acuerdo con el señor Gutiérrez. Soy yo quien ha sostenido la opinión que ataca y que todavía sostengo, a pesar del ejemplo personal y las poderosas razones que en contra de ella vea alegadas.

El paso de una creencia a otra creencia, el tránsito del error a la verdad, no es para mí un fenómeno psicológico tan sencillo en sus elementos ni tan claro en su desarrollo como para los señores Barra y Gutiérrez.

Si viviéramos en un mundo de espíritus puros, de entes de razón como en el siglo pasado se decía, no estaría muy lejos de aceptar esa manera de considerar el fenómeno. Pero, no sé si por desgracia, a ese elemento espiritual viene a mezclarse otro elemento completamente sensible y material, que da a los hechos reales una luz distinta y un color diverso.

Cuando se trata de ideas, que son simplemente abstracciones del espíritu, me explico la indolencia y falta de sentimiento con que se las abandona una vez que su falsedad se nos demuestra, y nada veo más natural que la alegría que debe experimentar el que lleva al descubrimiento de una de esas verdades.

Si me probasen, por ejemplo, que son absurdas mis ideas sobre el tiempo y el espacio, las dejaría con la misma indiferencia con que las he aceptado; y si yo llegara al descubrimiento de una

<sup>1</sup> Carta originalmente publicada en la *Revista de Santiago*, Santiago de Chile, TOMO II, 1872-1873, pp. 28-31, de donde la hemos tomado, publicada a continuación de la carta de Gutiérrez a de La Barra, reproducida en este mismo número de *La Cañada*.

<sup>2</sup> Juan María Gutiérrez fue rector de la Universidad de Buenos Aires entre 1861 y 1874.

<sup>3</sup> Augusto Orrego Luco y Fanor Velasco son los directores de la *Revista de Santiago*.

concepción más exacta y elevada, no me sería posible disimular el placer que semejante descubrimiento tendría para mí. Comprendo la emoción que agitó a Newton cuando vio sujeto el mundo a las leyes de atracción que formulaba; imagino la alegría que se apodera del espíritu de todos los que dilatan el horizonte de las ciencias o las artes. Pero creo que no se puede comparar una situación de esa especie con aquella por que atraviesa el que abandona sus creencias religiosas.

En efecto, ya no se trata de ideas puras, de pensamientos abstractos, sino ideas que han nacido confundidas con sentimientos más o menos fuertes, de pensamientos que se han desarrollado mezclándose con esperanzas más o menos queridas.

Del grado de esos sentimientos, del calor de esas esperanzas, dependerá ante todo la impresión que se reciba al dejarlas.

Luego dependerá todavía de lo que se pudiera llamar la arquitectura de nuestro espíritu. He sostenido en alguna parte que no todos los hombres han nacido con la facultad de amar; podría añadir a esa antigua idea esta otra: no todos los hombres han nacido con la facultad de creer. Pero en cambio hay otros en quienes todo está arreglado de tal manera que no parecen susceptibles de más impresiones que aquellas que les despierta el amor, hay otros a quienes arrancarles sus creencias sería arrancarles todo lo que alimenta en ellos el entusiasmo y el calor de la vida.

Estos hombres necesitan una creencia, no pueden vivir sin ella por más falsa y absurda que parezca. Esos espíritus tienen la construcción de un templo. Despojarlos de su ídolo, su Dios, su altar, es despojarlos de su poesía, es sacarlos del fin para que han sido creados.

Cuando penetro con el pensamiento en uno de esos espíritus transformados en escépticos por el estudio, la reflexión, el círculo en que viven y la atmósfera moral en que respiran, siento la misma impresión que cuando entro con el recuerdo en uno de esos templos transformados en clubs políticos por la acción revolucionaria del 89, y creo firmemente que esa fermentación pasará y el club volverá a ser templo.

Es muy natural que espíritus contruidos de este modo hablen de su cambio de ideas como de algo que han verificado sin sufrimientos de ninguna especie, porque en realidad no han sufrido ningún cambio esencial: la variación sólo es aparente y de superficie. Volverán naturalmente al seno de sus antiguas creencias tan pronto como una crisis religiosa venga a sacudir ese espíritu y a poner a prueba la verdad de esa variación que engañándose a sí mismo creen haber sufrido.

Los espíritus incapaces de creer hablarán de ese cambio con la misma indiferencia, pero ese cambio no se ha verificado en ellos, ni podían pasar de la creencia a la duda desde el momento

que en realidad no tenían ninguna creencia. Nacieron siendo incrédulos: ¿qué tienen que variar si continúan siéndolo?

Por otra parte, es necesario tomar en cuenta la manera como ese cambio se ha verificado. Si el tránsito [no] ha sido consciente, si ese cambio se ha hecho sin que pudiera el espíritu darse cuenta de la misteriosa metamorfosis que se verificaba en su seno, comprendo que sin sufrimiento ni alegría se pase del error a la verdad. Sólo podrá sentir las emociones de la emancipación moral cuando, libre ya de toda traba, mirando hacia el pasado, compare la situación angustiada de otros tiempos con la espléndida claridad que lo rodea.

Serán las impresiones de una lucha que pasó sin que interviniéramos en ella y cuyos benéficos resultados nos alcanzan y aplaudimos.

Pero si ese cambio se ha hecho de una manera consciente, si se da cuenta nuestro espíritu del movimiento que se verifica en su interior, si ve cómo avanza a cada instante, lentamente, sobre el abismo de la duda, si siente razonar en su corazón cada uno de los pasos que lo alejan de creencias tanto más fuertes cuanto más queridas y cuanto más queridas tanto más próximas parecen dejarnos, si siente que resuenan esos pasos como los de una persona a quien amamos y que nos abandona para siempre... entonces el fenómeno no es el mismo.

Una diferencia profunda les divide y entre ambas se agita un océano: el océano del sentimiento.

La pérdida de las creencias religiosas en el primer caso pudiera ser comparada con la de uno de esos objetos que queremos tan poco que sólo sabemos que lo hemos perdido cuando una circunstancia casual nos hace recordarlos. Lo buscamos un momento y al momento después lo olvidamos para siempre.

En el segundo caso tendríamos que ir a buscar esa comparación en los movimientos más intensos que es susceptible el corazón del hombre, en cuya pérdida deja un vacío y cuyo recuerdo despierta una impresión penosa.

Pasar de una creencia llena de esperanzas a otra llena de desaliento será siempre doloroso. Pasar de un error alegre a una verdad triste será hacer una jornada llena de lágrimas.

Si las ideas religiosas fueran simplemente dogmas abstractos, sin relación alguna con el sentimiento, comprendo que se pueda abandonar esa idea sin que el corazón intervenga en nada. Pero ellas envuelven esperanzas, aspiraciones, vivos anhelos que forman una parte del corazón del hombre, y ¿cómo podré yo comprender que se arranque un pedazo del corazón sin que él lo sienta?